

Investigaciones y Ensayos

2000, Nº 50

PERONISMO Y MARXISMO EN LOS AÑOS FRÍOS:
RODOLFO PUIGGRÓS
Y EL MOVIMIENTO OBRERO COMUNISTA, 1947-1955

SAMUEL AMARAL

El peronismo, el "hecho maldito de la política del país burgués"¹, ha sido también el hecho maldito de la política marxista en la Argentina. La burguesía, como quiera que se la defina, parece haberse recuperado de los efectos de su presencia perturbadora, pero la izquierda está lejos de haberlos superado: el peronismo erigió una valla que aún perdura entre el proletariado y sus ideólogos. Desde la perspectiva de la relación entre peronismo y marxismo, el medio siglo transcurrido puede dividirse en tres edades: una edad antigua, entre 1945 y 1955; una edad media, entre 1955 y 1974; y una edad moderna, desde 1974 hasta ahora. La edad antigua estuvo caracterizada por una relación distante y conflictiva. Fueron los años fríos, en que para la izquierda —en cuyo seno el Partido Comunista tenía una posición hegemónica—, el peronismo osciló entre una manifestación tardía del fascismo y un engaño demagógico, entre una erupción del *lumpenaje* y una enfermedad de la que la clase obrera sanaría cuando se neutralizara el virus que la había producido². La edad media estuvo caracterizada por una creciente aproximación de la izquierda al peronismo. Fueron los años calientes, en que una izquierda en crisis, marcada por la pérdida de la supremacía comunista, podía aceptar al peronismo

* Agradezco a Valentina Lapacó, Adriana Puiggrós y Carlos Strasser por las entrevistas que me concedieron. Ellos no son responsables, sin embargo, de lo que digo en este trabajo.

¹ La cita es de JOHN W. COOKE, "La revolución y el peronismo", Buenos Aires, ARP, 1968, p. 5.

² Véase MARIANO BEN PLOTKIN, "Perón y el peronismo: un ensayo bibliográfico", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 2, nº 1, 1991, pp. 113-135.

como identidad de los trabajadores. La edad moderna está caracterizada por la definitiva institucionalización del peronismo como un componente legítimo del orden político democrático. Son años nuevamente fríos, ya que la izquierda, en sus diversas versiones, parece haber perdido las ilusiones de llegar al proletariado por la vía del peronismo. Esta burda periodización oculta el disenso dentro de la izquierda acerca de la naturaleza del peronismo, ya que una común base marxista no fue garantía de homogeneidad interpretativa. Oculta, por lo tanto, las contradicciones presentes en cada período que anunciaban los cambios futuros, el hilo conductor que lleva de un período a otro. Este trabajo se ocupa del primer período —la edad antigua, los años fríos—, en el que, contra la posición de la izquierda institucionalizada, algunos marxistas vieron al peronismo como un factor positivo en el camino de la revolución proletaria.

En diciembre de 1945, en el mismo momento en que el secretario general del Partido Comunista de la Argentina, Victorio Codovilla, proclamaba que había que “batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso”, identificando al nuevo movimiento con los fascismos recientemente derrotados, otros comunistas interpretaban la situación desde la perspectiva de la lucha antiimperialista. Mientras Codovilla creía que los seguidores del coronel Perón eran obreros sin conciencia de clase, otros comunistas los veían simplemente como obreros. Mientras Codovilla justificaba la adhesión del Partido Comunista a la Unión Democrática desde la perspectiva del frente antifascista, otros comunistas la veían como una traición a la clase obrera. La visión de Codovilla predominó en el XI Congreso del Partido Comunista, llevado a cabo a mediados de 1946, por lo que los disidentes fueron expulsados a principios del año siguiente. Como se trataba de la Argentina, no de la Unión Soviética, ninguno de ellos corrió la suerte de Kamenev, Zinoviev, Bujarin y los otros viejos bolcheviques, víctimas de los procesos de Moscú de 1936-1938, o de Trotsky, asesinado en México en 1940. Los disidentes argentinos siguieron vivos y no aceptaron mansamente su expulsión. Durante los años peronistas se mantuvieron políticamente activos, pero su impacto en el peronismo o en el seno de la clase obrera, destinataria última de su mensaje, fue casi nulo.

Este trabajo estudia dos cuestiones: por un lado, los motivos de la divergencia en el seno del Partido Comunista respecto del peronismo; por otro, la evolución de la interpretación del peronismo

por los disidentes. Explica, en definitiva, por qué a pesar de una diferente interpretación del peronismo no se produjo ninguna atracción entre dos tradiciones políticas, cuyo explosivo encuentro en las décadas del sesenta y setenta se nutrió, sin embargo, de ideas desarrolladas, pero sin mayor trascendencia, en décadas anteriores. En primer lugar se analizan los motivos del desacuerdo y la expulsión del grupo disidente, entre 1945 y 1947; en segundo lugar, su frustrada (y ficticia) disputa por la dirección partidaria, entre 1947 y 1948; en tercer lugar, su organización autónoma, en 1948-1949; y finalmente, en 1952, su mayor contribución teórica: la reinterpretación del peronismo como revolución nacional. Aunque la disidencia de 1946 fracasó en transformarse, como hubiese querido, en la vanguardia del proletariado, su interpretación del peronismo abrió una línea teórica por la que luego transitaría la acción política.

DISIDENCIA Y EXPULSIÓN, 1945-1947

La posición del Partido Comunista frente al naciente peronismo estuvo determinada por su visión de la revolución en la Argentina y de la revolución mundial. Ese partido, adherido a la Internacional Comunista hasta su disolución por Stalin en 1943, había seguido los lineamientos característicos del período final de la III Internacional al concretar, mediante su participación en la Unión Democrática, el frente popular antifascista³. Desde 1935 la III Internacional había designado al fascismo como su enemigo principal, abandonando la identificación con él de los partidos socialdemócratas y liberales. Estos, entonces, se convirtieron en los aliados naturales para esa lucha prioritaria, más urgente aun cuando, tras el paréntesis impuesto en ella por el pacto Molotov-Ribbentrop, la Unión Soviética fue inva-

³ El “tercer período” de la III Internacional, de lucha de “clase contra clase”, terminó en 1934-1935. La línea del frente popular no fue, sin embargo, el “cuarto período”. Véase MANUEL CABALLERO, *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987, p. 39; FERNANDO CLAUDIN, *La crisis del movimiento comunista. I. Del Komintern a la Kominform*, 2ª. ed., Barcelona, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, 1977, pp. 134-144; y FRANÇOIS FURET, *El pasado de una ilusión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 255-256 y 263 y ss.

dida por las tropas alemanas. El surgimiento del peronismo tuvo lugar en ese contexto internacional. La condición militar de Perón, su posición hegemónica en un gobierno de facto filofascista, su discurso orientado a la conciliación de clases para impedir la revolución proletaria, y los problemas que su política sindical causaba entre las bases obreras del comunismo, no podían confundir al Partido Comunista respecto de su fascismo.

Sólo un obstáculo se interponía en el camino de la identificación del peronismo naciente con el agonizante fascismo: la teoría requería la ausencia de la clase obrera, cuya ideología, lo supiesen los trabajadores o no, era expresada por el Partido Comunista. La operación teórica de desposeer al fascismo de su componente obrero ya había sido consumada en Europa, por lo que también debía efectuarse en la Argentina. Así, al analizar la composición de las fuerzas políticas que se enfrentaban a fin de 1945, Codovilla señalaba que la Unión Democrática reunía a "la parte más consciente y combativa de la clase obrera y el campesinado", mientras que el "nazi-peronismo" era apoyado por "los sectores menos politizados de la clase obrera de la ciudad y del campo y los empleados públicos y particulares que se han dejado influenciar o engañar por la Secretaría de Trabajo y Previsión y por los tráfugas del movimiento sindical, que dirigen la sedicente Confederación General del Trabajo"⁴. Aunque circunstancialmente todos estos formasen un conjunto numéricamente importante, éste nada significaba frente a la conciencia de clase de los disciplinados seguidores del Partido.

La situación de la Argentina en el contexto de la revolución mundial explicaba tal paradoja. Desde la posición comunista no podía extrañar que algunos obreros faltasen al llamado del Partido, porque el proletariado era una fuerza aún débil en un país que no había consumado su desarrollo capitalista. Este se completaría con la revolución democrático-burguesa, "la era de libertad y progreso" que abriría la Unión Democrática. El peronismo era, desde esta perspectiva, además de una tardía manifestación vernácula del fascismo, un obstáculo en el camino de la revolución democrático-burguesa y, por consiguiente, del socialismo.

⁴ VICTORIO CODOVILLA, *Batir al nazi-peronismo para abrir una era de libertad y progreso*. Buenos Aires, Anteo, 1946. pp. 77 y 84.

El germen de la disidencia apareció —según señaló Rodolfo Puiggrós, su principal dirigente, diez años más tarde—, cuando se hizo evidente que "el codovillismo, del cual formábamos parte, entra en abierta contradicción con el desarrollo histórico del pueblo argentino hacia su liberación, con la clase obrera a la vanguardia"⁵. Aunque esa visión estaba fuertemente sesgada por la posición del momento, marzo de 1955, la raíz del disenso se encontraba, efectivamente, en una diferente interpretación de la realidad nacional de 1945, cuya clave era el naciente peronismo. La "corriente autocrítica", como Puiggrós designaba retrospectivamente a la disidencia, había surgido como respuesta, "por primera vez en la historia del Partido Comunista de la Argentina", a un fenómeno ocurrido en el país: "un gran movimiento de masas con una plataforma antiimperialista y de emancipación nacional". El "gran mérito histórico" de los disidentes, decía sin modestia en 1955, era haber comprendido "cada día más desde 1945 hasta ahora, que nacía y se desarrollaba en la Argentina una fuerza marxista invencible" —ellos mismos—, "que será mañana la conductora del pueblo hacia su emancipación". El mérito no radicaba, por lo tanto, en una diferente interpretación del peronismo, sino en las consecuencias que ella tenía: el autorreconocimiento del grupo como vanguardia del proletariado.

La caracterización del peronismo por los disidentes cambió a lo largo del tiempo, tal como puede observarse en las páginas de *Clase Obrera*, publicación del grupo, aparecida con variada regularidad entre 1947 y 1955⁶. Debajo del nombre, una frase completaba su sentido: "por el frente nacional antiimperialista". Esa era la clave de la

⁵ RODOLFO PUIGGRÓS, "Los comunistas y la revolución nacional", *Clase Obrera*, n° 50, abril de 1955, p. 3.

⁶ La única colección conocida de *Clase Obrera* se encuentra en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina, de Buenos Aires, a cuyos integrantes agradezco por haber hecho posible su consulta. Sólo se conservan dieciocho de los 56 números aparecidos entre mediados de 1947 y fines de 1955: trece de los primeros veintiún números (agosto 1947-abril 1953) y cinco de los últimos seis (abril-octubre 1955). Debe notarse que el periódico se publicó de manera discontinua: los números 2 a 13, entre agosto de 1947 y abril de 1949; sólo seis números en los tres años siguientes; y 37 números en cuarenta meses, entre junio de 1952 y octubre de 1955. No es seguro que el n° 56 haya sido el último publicado.

disidencia: el frente nacional antiimperialista debía incluir al peronismo y no a los partidos burgueses. Para *Clase Obrera*, el Partido Comunista fallaba al no distinguir entre la burguesía industrial argentina y los monopolios imperialistas extranjeros. "El elenco industrial gobernante" no podía prescindir de la clase obrera, porque no estaba en condiciones de enfrentar por sí mismo a la oligarquía y al imperialismo. El problema por resolver en tal circunstancia era la conquista de la hegemonía por el proletariado, que éste alcanzaría a través de su propio partido, el Partido Comunista, que debía ser "la vanguardia efectiva, práctica y aceptada de la clase obrera". La misión del Partido era, por lo tanto, agrandar la brecha entre la burguesía industrial argentina y el imperialismo yanqui mediante la alianza con el peronismo⁷. Para los disidentes, el Partido, por culpa de su dirección, estaba faltando a la cita de la Historia: ellos debían hacer que se cumpliera.

El objeto de la política de los disidentes era, por lo tanto, el Partido Comunista, "nuestro partido", como repetía *Clase Obrera*. La dirección del Partido, no el partido mismo, ni sus objetivos políticos, ni su afiliación internacional, sólo la dirección del Partido era el blanco de la crítica de los disidentes. En el mismo número en que informaban que habían sido expulsados "por defender al Partido", no prometían nada diferente a sus enemigos de lo que ellos les habían infligido: "la hegemonía del proletariado exige que los comunistas se presenten ante la clase obrera sin reservas de ninguna naturaleza, y confiesen valientemente sus errores, los discutan sin tapujos, los corrijan sin medias tintas, los expulsen de sus filas, como cosas repugnantes"⁸. Ese debía ser el sino de la dirección, como había sido el de ellos: expulsados de las filas, como cosas repugnantes.

El grupo más grande de los expulsados, 53 personas, pertenecía a la célula del Ferrocarril Sud de Buenos Aires. También habían sido expulsadas otras once personas de la provincia de Buenos Aires, ocho más de la ciudad de Buenos Aires, ocho de Rosario, entre los cuales estaba Eduardo Astesano, y Jacobo Lipo[vetsky] y Rodolfo Puiggrós, de la célula del diario *Crítica*⁹. Puiggrós, que recién apareció como

⁷ *Clase Obrera*, n° 2, 5 de agosto de 1947, pp. 2 y 4.

⁸ *Ibidem*, p. 4.

⁹ *Ibidem*, p. 7.

director de *Clase Obrera* a partir del n° 21, de abril de 1953, fue el intelectual más activo del grupo. Los años peronistas fueron para él, sin embargo, de muy escasa producción. Entre 1940 y 1946 había publicado siete libros, pero en los diez años siguientes solamente uno, en 1949, sobre Mariano Moreno, un tema acerca del cual ya había publicado otro libro ocho años antes. Aunque desde 1952 había adelantado en *Clase Obrera* partes de la que sería su obra más importante, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, la primera edición se publicó en 1956. Esos diez años de silencio editorial fueron dedicados a la política¹⁰.

La actividad política de Puiggrós durante la década peronista estuvo ligada a *Clase Obrera* y al grupo que lo publicaba¹¹. Este periódico, tras presentarse inicialmente como vocero de "los obreros ferroviarios de Buenos Aires, F.C. Sud, que reivindicaban los principios del comunismo", a partir del n° 6, del 10 de mayo de 1948, lo hizo como órgano del Movimiento Pro Congreso Extraordinario del Partido Comunista, y desde el n° 11, del 11 de enero de 1949, como órgano del Movimiento Obrero Comunista. Estas designaciones marcan la evolución institucional del grupo disidente y, en parte, dan cuenta de su evolución teórica respecto del peronismo.

La evolución institucional se divide en tres períodos: el primero, de resistencia a la expulsión, cuando los disidentes se presentaban como miembros del Partido que defendían una línea distinta de la mantenida por la dirección; el segundo, de competencia por la dirección, cuando aún considerándose dentro del Partido pedían un Congreso Extraordinario para forzar un cambio de línea y transformarse en la nueva dirección; y el tercero, de competencia con el Partido, cuando adoptaron una organización autónoma. Paralelamente, desde

¹⁰ El primer fragmento fue "Abandono de la lucha contra el imperialismo por los dirigentes del Partido Comunista Argentino", *Clase Obrera*, junio de 1952, n° 19, p. 3. Adriana Puiggrós atribuyó el silencio intelectual de su padre a la actividad política (entrevista del autor, Buenos Aires, 14 de septiembre de 1999). Emilio Fermín Mignone lo atribuye, de un modo más impreciso, a "su colaboración con el peronismo". Véase EMILIO FERMIN MIGNONE, "Informe sobre la izquierda nacional", en ALBERTO METHOL FERRÉ, *La izquierda nacional en la Argentina*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 65.

¹¹ Sobre la actividad intelectual y política de Puiggrós, véase MIGNONE, *op. cit.*, pp. 63-65.

una perspectiva teórica, aunque se mantuvo constante la caracterización del peronismo en el marco de la lucha antiimperialista, cambió la interpretación de su posición respecto de la revolución proletaria. Las secciones siguientes describen la evolución institucional del grupo disidente y explican los cambios en su interpretación del peronismo.

LA DISPUTA POR EL PARTIDO, 1947-1948

Los disidentes rechazaron su expulsión del Partido Comunista. La dirección partidaria estaba equivocada, no ellos, por lo que debía ser desplazada para que el Partido pudiese jugar su papel de vanguardia del proletariado. Para el desplazamiento de la dirección apelaron a dos estrategias consecutivas: primeramente, la presión externa; luego, la presión de las bases. Ninguna tuvo éxito. Un año después de la expulsión, los disidentes debieron cambiar de rumbo, preparándose para proporcionar al proletariado la orientación que el Partido renunciaría a darle.

Hasta mediados de 1948, las expectativas del grupo disidente estuvieron centradas en las presiones que sobre la dirección local pudieran ejercer otros partidos comunistas del mundo. Esta esperanza, luego criticada por antimarxista, se evidencia en el espacio dedicado en los primeros números de *Clase Obrera* a dirigentes comunistas de otros países, como Luis Carlos Prestes, Palmiro Togliatti y Jacques Duclos, así como en el viaje a Brasil realizado por Puiggrós y Aurelio Bracco, el director del periódico, para entrevistarse con el "Caballero de la Esperanza"¹². El apoyo político externo no se consiguió, pero esa búsqueda produjo un inesperado encuentro con nuevas ideas surgidas en el seno del comunismo.

En un artículo sobre "Los nuevos caminos del socialismo", publicado en el n° 2 del periódico, Togliatti afirmaba que la clase obrera

¹² La crítica a la esperanza suscitada por un artículo antibrowderista de Jacques Duclos, en *Clase Obrera*, n° 6, 10 de mayo de 1948, p. 4. La esperanza se desvaneció con la publicación de dos artículos de Codovilla, expresando la posición del Partido Comunista frente al peronismo, en una revista dirigida por Duclos (comentados en ese mismo número del periódico, p. 3). El viaje a Brasil es mencionado en el informe de Puiggrós a la primera Asamblea Anual del Movimiento Obrero Comunista, en *Clase Obrera*, n° 50, abril de 1955, p. 3.

debía seguir nuevos caminos, no recorridos en el pasado¹³. Las fórmulas —las inspiradas en Lenin, recomendadas por Stalin— no podían repetirse, ya que la marcha hacia el socialismo asumía en cada país formas particulares, que dependían de diversos factores: económicos, como la diversidad del desarrollo del capitalismo (como aceptaría Stalin); culturales, como las tradiciones y características nacionales (según, luego se supo, lo sugería Gramsci); y políticos, como la posición mantenida en el curso de la guerra mundial. Aunque podía acomodarse a la lucha de *Clase Obrera* con la dirección partidaria, el escrito de Togliatti planteaba un problema que excedía las inquietudes de quienes lo habían publicado. Estos no reclamaban, aún, un camino particular nacional hacia la revolución, sino que se mantenían dentro de los supuestos del Partido, discrepando en cuestiones tácticas más que estratégicas o doctrinarias.

Para *Clase Obrera*, no cabía duda acerca de la necesidad del Partido para llevar a cabo la revolución (menos aún, por cierto, de la inevitabilidad de ésta), como tampoco de la necesidad de purificarlo de una dirección que lo había divorciado de las masas. Como ya no existía la Internacional Comunista que, decía, le había impuesto una autocrítica para relevarlo de su antiyrigoyenismo, "los sectores más esclarecidos de la clase obrera argentina", es decir ellos mismos, "la exigen y la impondrán para siempre"¹⁴. "Somos afiliados al Partido Comunista", afirmaban, ignorando la expulsión, y por eso luchaban para que la autocrítica culminara en un Congreso Extraordinario, que esperaban desplazara a la dirección.

La autoridad en que reposaba el pedido de *Clase Obrera* no era otra que la de Stalin, con quien los disidentes no tenían ninguna cuenta pendiente¹⁵. Creían, por el contrario, que la dirección del Partido Comunista no seguía fielmente su pensamiento. Durante la guerra había sido necesario cerrar filas con las democracias occidentales

¹³ *Clase Obrera*, n° 2, 5 de abril de 1947, p. 2.

¹⁴ *Ibidem*, p. 5.

¹⁵ En el n° 2 de *Clase Obrera* se transcriben dos textos de Stalin, de marzo de 1937, criticando la adulación y la falta de autocrítica (pp. 3 y 7). La nota necrológica (*Clase Obrera*, n° 21, abril de 1953, p. 5) lo llamaba, parafraseando el elogio fúnebre de Engels a Marx, "la cabeza más genial que [la humanidad] tenía actualmente".

contra el fascismo, pero en los albores de la guerra fría el enemigo principal no era ya el fascismo sino el imperialismo yanqui. En apoyo de esta tesis, *Clase Obrera* citaba una declaración de los partidos comunistas de nueve naciones europeas que habían roto "el cerco imperialista" y marchaban hacia el socialismo¹⁶. *Clase Obrera* la interpretaba como "la condenación absoluta de los brotes oportunistas que en nuestro continente tanto han contribuido a aislar de las masas a algunos Partidos Comunistas". Esos brotes, el browderismo y el codovillismo, eran expresiones "típicas de la influencia imperialista en la dirección del Partido de la clase obrera". Para *Clase Obrera*, la prueba del oportunismo estaba en un folleto de Codovilla, titulado "Hacia un mundo mejor", en el que había afirmado que la alianza entre Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética continuaría tras la guerra. Como consecuencia, las dos primeras potencias habrían de llegar a un acuerdo con respecto a la política a seguir en América Latina, "a fin de contribuir al desarrollo económico, político y social de nuestros países en un sentido progresista". El periódico señalaba que mientras "nuestro Partido" no condenase públicamente la concepción de Codovilla, encontraría formidables obstáculos "para ocupar el lugar de vanguardia que le corresponde y que la clase obrera espera, en la lucha contra el imperialismo, por los intereses nacionales de la Argentina"¹⁷.

Clase Obrera confiaba en que las masas trabajadoras liquidarían "la tortuosa línea política que nos aísla de nuestra clase y nos impide ser factor decisivo en la vida de la Nación"¹⁸. El "nos" usado por los disidentes no se refería a sí mismos, sino al Partido Comunista, al que aún pretendían pertenecer. Con la ayuda purificadora de las masas, por lo tanto, el Partido recuperaría un papel en el que el peronismo no podía sustituirlo. El peronismo contaba como movimiento de masas antiimperialista, pero en ningún momento se sugería que fuese la vanguardia del proletariado o que ésta pudiese surgir de su seno. El reclamo de *Clase Obrera* subraya dos factores que explican la suerte del grupo disidente: por un lado, su discurso no estaba dirigido a las masas, que reconocía en el peronismo, sino al Partido Comunista; por

¹⁶ *Clase Obrera*, n° 3, 11 de octubre de 1947, p. 1.

¹⁷ *Ibidem*, p. 7.

¹⁸ *Ibidem*.

otro, dejaba sin explicar el papel del peronismo en la revolución y el de la vanguardia del proletariado respecto del peronismo.

La orientación de la política del grupo disidente hacia el Partido Comunista quedó de manifiesto en la decisión, criticada años más tarde, de apoyar a sus listas en las elecciones de diputados del 7 de marzo de 1948. Bajo titulares declarativos de la línea táctica ("Votaremos la lista de nuestro partido") y de los objetivos estratégicos ("Proseguimos nuestra lucha por la creación de una genuina vanguardia del proletariado en el país"), el grupo disidente, que se autodesignaba como "Movimiento de Clase Obrera", justificaba su posición como una reafirmación de su lucha "principista y de unión partidaria"¹⁹. La insistencia en considerarse miembros de "nuestro Partido" y en reclamarle a su dirección un cambio de línea política para garantizar el triunfo de la clase obrera en el seno del frente nacional antiimperialista, sólo es comprensible en un contexto en que "el Partido", como instrumento de la Historia, era una abstracción más real que los hombres que lo encarnaban²⁰. Desde la perspectiva confiada en la cientificidad de su análisis, el Movimiento de Clase Obrera reclamaba, una vez más, la remoción de los hombres equivocados de la dirección comunista, cuyo pecado era más grave que una circunstancial mala lectura de la realidad: al alejarse de la clase obrera obstaculizaban el curso de la Historia. Su error, sin embargo, importaba menos que la misión histórica del Partido. Trabajarían por sumar votos a la lista de "nuestro partido", porque tenían la absoluta seguridad de que la clase obrera contribuiría a depurarlo de las ideologías y de los hombres extraños, "para que se coloque en su papel histórico de vanguardia". No votaban por los hombres, sino por el Partido, para echar a aquéllos y devolver a éste su verdadera misión.

Desde la perspectiva de los disidentes, el Partido era más importante que sus hombres y la clase obrera más importante que el peronismo. Este era un movimiento policlasista antiimperialista que en modo alguno podía avanzar hacia el socialismo sin la guía de la vanguardia del proletariado. Si era difícil para el Partido Comunista, sin embargo, transformarse en vanguardia de un proletariado esquivo,

¹⁹ *Clase Obrera*, n° 5, 2 de marzo de 1948, p. 4.

²⁰ Como lo subraya el ex comunista ARTHUR KOESTLER en su novela *El cero y el infinito* (Barcelona, Destino, 1986), publicada originalmente en 1941.

la dificultad de los disidentes, por limitarse a una perspectiva clasista, residía en ignorar al peronismo como fenómeno político autónomo. Para ellos, ni el carácter antiimperialista ni su componente obrero bastaban para concederle al peronismo una función específica en el camino de la revolución proletaria, como tampoco podía tenerla Perón, cuyo papel en la conformación y conducción de ese movimiento antiimperialista era sistemáticamente soslayado. Menos por el reconocimiento de nuevas virtudes al peronismo que por la cerrada renuencia de las bases comunistas a escuchar los llamados purificadores de *Clase Obrera*, los disidentes se vieron obligados a abandonar la esperanza de transformar al Partido Comunista en vanguardia del proletariado. Como la Historia la reclamaba, la vanguardia debía reconstruirse fuera del Partido. Ese fue el camino emprendido por el grupo expulsado a mediados de 1948.

LA RUPTURA CON EL PARTIDO, 1948-1949

La ilusoria lucha de los disidentes en el seno de un partido que los había excluido continuó con la adopción, en mayo de 1948, de un nuevo nombre: Movimiento Pro Congreso Extraordinario del Partido Comunista. Este había nacido, declaraba *Clase Obrera*, como expresión de un sector de la clase obrera que bregaba por construir una vanguardia del proletariado, "colocada decididamente en la línea de lucha contra el imperialismo, del apoyo e impulso de toda medida que encamine al país a su total independencia económica, de la conquista de la dirección de la clase obrera en la revolución agraria y antiimperialista", como asimismo en una línea de "combate sin cuartel contra la oligarquía terrateniente y los agentes de los esclavistas de Washington y Londres"²¹. Con éstos, los antiguos aliados del Partido Comunista, no habría "unidad ni concordia posible, por más frases 'democráticas' con que disfracen sus planes de opresión". Por el contrario, decía, "nos sentimos aliados y obramos como aliados" con quienes resistían las imposiciones del imperialismo.

Esta declaración marcaba la continuidad con la posición original de la disidencia, que había visto al peronismo en el marco de la lucha

²¹ *Clase Obrera*, "El mensaje presidencial", n° 6, 10 de mayo de 1948, p. 1.

antiimperialista y no, como el Partido Comunista, en el de la lucha antifascista, pero también definía una relación de los disidentes con el peronismo que denotaba indecisiones teóricas. La afirmación de que se sentían y obraban como aliados del peronismo subraya el hecho de que no eran formalmente sus aliados. El papel que se asignaban en tal alianza informal era construir la vanguardia del proletariado para conquistar la dirección de la revolución agraria y antiimperialista²². No sugerían aún que el peronismo hubiese comenzado esa revolución, que tanto los disidentes como el Partido Comunista veían como una etapa previa a la revolución proletaria. Esta interpretación del peronismo no incluía aún novedad alguna respecto de la que había originado la disidencia: el peronismo era un factor positivo para la revolución, dadas ciertas circunstancias, pero no era el camino hacia esa revolución.

De un modo teóricamente poco preciso, sin embargo, comenzaba a filtrarse en esa interpretación el germen de cambios posteriores. Las nacionalizaciones y la industrialización eran, "desde el ángulo de los intereses específicos de la clase obrera" que el periódico defendía, "elementos progresistas de trascendencia histórica extraordinaria", que creaban "condiciones propicias para la conquista de la independencia de la clase obrera, para el despertar de su conciencia de clase, para plantearse en terreno más favorable la lucha por la preeminencia en el proceso revolucionario". Había entonces un "proceso revolucionario", aunque consideraban que "la preeminencia" en el mismo no correspondía a la clase obrera sino a la burguesía nacional²³. Ese proceso revolucionario era, por lo tanto, el encabezado por Perón y la tarea de los disidentes era organizar la vanguardia que permitiera al proletariado capturar "la preeminencia" en el mismo. La definición de este proceso, limitada a las nacionalizaciones y a la industrialización, restaba ambigua desde la perspectiva marxista del periódico, pero la ambigüedad no disminuía su significación: el peronismo se transformaba de un factor positivo pero ajeno a la revolución en un proceso revolucionario. La reticencia de los disidentes a formalizar la

²² La revolución "agraria y antiimperialista" era la revolución democrático-burguesa, según lo explica VICTORIO CODOVILLA en "El tipo de revolución por cuya realización debe luchar la clase obrera y el pueblo argentino", en *Trabajos escogidos*, vol. 1, Buenos Aires, Anteo, 1972, p. 169.

²³ *Ibidem* *Clase Obrera*, "El mensaje presidencial", 10 may 1948, N° 6, p. 1.

alianza con el peronismo se debía a la persistencia de esa imprecisión teórica, ya que las nacionalizaciones y la industrialización no les bastaban aún para definir al gobierno peronista como iniciador de la revolución democrático-burguesa.

La alianza informal con el peronismo fue refirmada a fines de 1948, cuando se realizaron las elecciones de convencionales para la reforma de la Constitución. En esa ocasión, el Movimiento decidió votar a los candidatos peronistas. Esa actitud fue adoptada “midiendo cuidadosamente la responsabilidad que asumimos ante la clase obrera y ante el comunismo”, porque creían que era la posición que cuadraba a un Partido Comunista —cuya identidad todavía se arrogaban— que fuese la vanguardia efectiva del proletariado. El voto al peronismo, decía *Clase Obrera*, implicaba “el compromiso de compartir con la masa peronista y los dirigentes peronistas un puesto de combate en el frente de liberación nacional”²⁴.

El voto al peronismo no cambiaba las tareas inmediatas del grupo disidente, rebautizado Movimiento Obrero Comunista (MOC) a partir de enero de 1949, pero el acercamiento produjo otro cambio de matiz en su interpretación del peronismo. La tarea era la formación del frente nacional antiimperialista, o frente de liberación nacional, como lo designaban entonces, del que el peronismo —tal era la novedad— formaba parte ya naturalmente²⁵. El principal objetivo político, la formación de la vanguardia del proletariado, no había cambiado tras casi dos años de vida del que entonces llamaban “nuestro Movi-

²⁴ “Los comunistas votamos: por el peronismo y una reforma democrática y antiimperialista”, *Clase Obrera*, n° 10, 25 de noviembre de 1948, p. 1. Esta es, quizá, la primera referencia a la “liberación nacional” en este periódico. Aunque en el seno de las corrientes trotskistas argentinas se había producido un debate sobre ese concepto, *Clase Obrera* no lo retomó de manera directa. Sobre el debate entre Antonio Gallo y Liborio Justo, véase NORBERTO GALASSO, *La izquierda nacional y el FIP*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pp. 33-39; ERNESTO GONZÁLEZ (coord.), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. I. Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN (1943-1955)*, Buenos Aires, Antídoto, 1995, pp. 69-72; y HORACIO TARCUS, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pp. 89-96.

²⁵ “Urge la formación del Frente Nacional Antiimperialista para desbaratar los planes yanquis y defender la soberanía”, *Clase Obrera*, n° 11, 11 de enero de 1949, p. 1. El Partido Comunista favorecía la creación de un frente democrático antiimperialista. Véase CODOVILLA, *op. cit.*, p. 170.

miento”²⁶. Para *Clase Obrera*, en esos dos años se habían cometido errores por no haber roto antes, de una manera terminante, con la dirección del Partido Comunista. Esos errores (como entonces consideraba al voto por los candidatos comunistas en las elecciones de marzo de 1948) habían afectado la posición adoptada con respecto al gobierno de Perón²⁷. Desde un comienzo, decían, habían comprendido que el nacimiento del peronismo “debía ubicarse en el proceso de la revolución democrático-burguesa en el país”, pero habían tardado en actuar de acuerdo con tal concepción²⁸. Pocos meses antes, en mayo de 1948, mientras reclamaban la formación de un frente nacional antiimperialista para realizar la revolución agraria y antiimperialista, no habían caracterizado con precisión el “proceso revolucionario” abierto por el peronismo; en enero de 1949 señalaban de manera clara, sin la timidez de meses antes, que el peronismo ya había iniciado la revolución democrático-burguesa. La organización autónoma fue acompañada, entonces, por una reinterpretación de la etapa revolucionaria en que se encontraba el país y del papel del peronismo en la misma: de integrante del frente nacional antiimperialista pasaba a ser parte del proceso de la revolución democrático-burguesa y se desplazaba el énfasis del movimiento de masas al gobierno.

La automención a “nuestro Movimiento” mostraba la desaparición de la idea de pertenencia al Partido Comunista, desde entonces llamado “aquel Partido”. No era ya un problema de la dirección, sino de “dos líneas que partieron de un mismo punto y se distanciaron progresivamente: la línea sectario-oportunista y la línea revolucionaria”²⁹. La primera era, en efecto, la de la dirección encabezada por Codovilla; la segunda, la nacida bajo “la consigna del Congreso Extraordinario del Partido Comunista”. Aunque en el MOC seguían creyendo en la pureza de la base del partido que los había expulsado y con el que entonces rompían, la experiencia de dos años, decían, les había mostrado que esa consigna se había convertido “en puro formalismo frente a una direc-

²⁶ “El Movimiento Obrero Comunista lucha por la formación de la vanguardia del proletariado”, *Clase Obrera*, n° 11, 11 de enero de 1949, p. 1.

²⁷ *Ibidem*, p. 2.

²⁸ *Ibidem*, p. 1.

²⁹ *Ibidem*.

ción hundida definitivamente en la charca antiproletaria y anticomunista” y los desviaba de la lucha por la formación de la vanguardia del proletariado, porque reducía el esfuerzo “a golpear una puerta que nunca se va a abrir”. Por eso, “nuestra dirección” (distinta, entonces, de la del Partido) había resuelto abandonar esa consigna y fundar el MOC. Después de haber luchado durante dos años para que el Partido adoptara su línea, cortaban por fin el cordón umbilical. No debe haber sido fácil la decisión en un momento en que había una sola voz en el comunismo mundial, más aún cuando no tenían ningún motivo de disenso con quienes lo dirigían.

El MOC nacía, declaraban, para luchar por los principios del comunismo, no para ir, como se los acusaba, “a la cola del peronismo”. Con la ayuda de la clase obrera, como también de los chacareros y de los intelectuales “verdaderamente avanzados”, formarían “el gran Partido que la Argentina necesita”. Esto quería decir, por lo tanto, que buscaban reemplazar al Partido Comunista en su función de vanguardia del proletariado y que el peronismo, cualesquiera fuesen sus virtudes, no era el lugar donde tal construcción se realizaría. El peronismo podía haber iniciado el camino de la revolución democrático-burguesa, pero no podía reemplazar al Partido en la conducción de la revolución proletaria.

La creación del MOC significó, entonces, el abandono por los disidentes de la idea de transformar al Partido Comunista tal cual existía, desde adentro, en la vanguardia del proletariado. La tarea sería, en adelante, reconstruirla afuera, olvidándolo. Implicó, asimismo, un cambio en la caracterización del peronismo, pero no de la tarea política respecto del mismo: la formación de un frente nacional antiimperialista, cuyo liderazgo debería asumir el Partido por ellos reconstruido, para completar la revolución agraria y antiimperialista. Aunque esta posición señala ya una sustancial diferencia respecto del punto de partida teórico de los disidentes, entre 1949 y 1952 se produjo un cambio aún más significativo en su interpretación del peronismo, que evidenciaba una reformulación del camino hacia la revolución.

LA REVOLUCIÓN NACIONAL, 1952-1955

La evolución de la interpretación que el MOC hacía del peronismo sufrió variaciones entre abril de 1949 y junio de 1952. Como no se

han conservado ejemplares de *Clase Obrera* de ese período, no es posible determinar la fecha del cambio, aunque sí su naturaleza teórica: de considerar que el gobierno peronista estaba en camino de la revolución democrático-burguesa se pasó a caracterizarlo como una “revolución nacional emancipadora”³⁰. Este concepto no había sido aplicado antes, ni había aparecido hasta entonces en el periódico. Qué llevó a este cambio de lenguaje y, por consiguiente, de caracterización del peronismo sólo puede ser motivo de conjeturas. En tren de hacerlas, pueden imaginarse dos influencias: por un lado, la del triunfo de la revolución china en 1949; por otro, la de la publicación de la obra de Gramsci en Italia, entre 1948 y 1951.

Es dudoso que la publicación de la obra de Gramsci pudiese haber sido el motivo del cambio de interpretación. Aun cuando los intelectuales del MOC se hubiesen contado entre los tempranos lectores de la obra del teórico italiano, su forzado carácter críptico difícilmente les hubiese revelado de inmediato nuevos aspectos del peronismo. Ni su lector más dedicado, Héctor P. Agosti, terminó de sacar todas las conclusiones de su lectura hasta la publicación de *Nación y cultura*, en 1959³¹. El nuevo camino quizá se debiese a la influencia de Gramsci a través de Togliatti, que ya lo proponía en su artículo publicado por *Clase Obrera* en 1947, pero en la hora en que fue adoptado ninguna mención se hizo de ese antecedente.

Menos dudosa es la influencia de la obra de Mao Tse-tung. La interpretación del peronismo por Eduardo Astesano, uno de los dirigentes del MOC, en un libro suyo publicado en 1953, estaba fuertemente inspirada en el pensamiento del líder chino³². De la misma manera, en el informe político leído por Puiggrós en la primera Asamblea Anual del MOC, en marzo de 1955, se encuentran conceptos de Mao, como la distinción entre la contradicción principal y las contradicciones secundarias³³.

³⁰ “La unidad nacional y las palabras del presidente”. *Clase Obrera*, n° 19, junio de 1952, p. 1.

³¹ HÉCTOR P. AGOSTI, *Nación y cultura*, Buenos Aires, Procyón, 1959. Sobre la lectura de Gramsci por Agosti, véase JOSÉ ARICÒ, *La cola del diablo*, Buenos Aires. Puntosur, 1988, pp. 33-62.

³² EDUARDO B. ASTESANO, *Ensayo sobre el justicialismo a la luz del materialismo histórico*, Rosario, edición del autor, 1953, pp. 17, 19 y 26.

³³ PUIGGRÓS, *op. cit.*, p. 3. Véase MAO TSE-TUNG, “On Contradiction”, en www.maoism.org, 10 de noviembre de 1999.

Ese informe era significativo desde su mismo título: "Los comunistas y la revolución nacional". Los comunistas eran ellos, los del MOC, y la revolución nacional era el proceso político liderado por Perón. La asamblea, decía el informe, marcaba el comienzo de una nueva etapa caracterizada por "nuestra influencia creciente en la política de emancipación de nuestro país"³⁴. El último año, continuaba, había sido "rico en experiencias para nosotros", como no lo había sido ninguno de los anteriores, "desde que existimos como fuerza independiente, en lucha a brazo partido contra el codovillismo". Las vacilaciones sobre "los aspectos tácticos de nuestra alianza política con el peronismo" habían quedado atrás. Ya eran parte de la "revolución nacional emancipadora argentina" y habían adquirido "gran seguridad y firmeza en nuestro trabajo común con el peronismo", que creían tenía amplias perspectivas de desarrollo. Estas quizá se debiesen al acercamiento formal al gobierno, concretado en una entrevista con el ministro del Interior, a mediados de 1953, y, en el año siguiente, al enfrentamiento de Perón con la Iglesia Católica, que fue objeto de particular atención en varios artículos de *Clase Obrera*³⁵.

Otro aspecto positivo del año transcurrido resultaba "la experiencia sumamente aleccionadora en las vinculaciones circunstanciales que hemos tenido con otros grupos políticos". Quizá se refiriese al Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN), creado en 1953 por socialistas disidentes encabezados por Enrique Dickmann o, más precisamente, a pequeños grupos de trotskistas "nacionales" integrados a ese partido —Aurelio Narvaja, Angel Perelman, Enrique Rivera y Jorge Abelardo Ramos—, que al igual que el MOC se incluían dentro de la "revolución nacional" liderada por Perón³⁶. Si la expe-

³⁴ PUIGGRÓS, *op. cit.* "Los comunistas y la revolución nacional".

³⁵ El encuentro del MOC con el ministro del Interior es mencionado por *Frente Proletario*, publicación del grupo trotskista de Nahuel Moreno, en su número del 15 de agosto de 1953, según se transcribe en GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 210. Acerca de las esperanzas generadas por el enfrentamiento de Perón con la Iglesia, véase el reportaje a Puiggrós publicado en *Esto Es*, 30 de marzo de 1954, año 2, n° 18, p. 3, citado por MIGNONE, *op. cit.*, pp. 63-64.

³⁶ Los trotskistas "nacionales" eran quienes habían aplicado la línea de Liborio Justo sobre la cuestión nacional, ya sin él, a la interpretación del surgimiento del peronismo, a través del periódico *Frente Obrero*. Véase GALASSO, *op. cit.*, pp. 40-57 y TARCUS, *op. cit.*, pp. 102-105. Sobre la participación de ese grupo trotskista en el

riencia hubiese sido esa, la declaración de Puiggrós marcaría el comienzo de una imprevista pero duradera relación intelectual y política entre dos disidentes sacudidos por el peronismo: él mismo, de raíz stalinista, y Ramos, de raíz trotskista. Aunque nunca confluyeron en ninguna organización política, años más tarde, entre 1957 y 1961, ambos se reconocían como parte de una informalmente definida izquierda nacional³⁷.

El proceso liderado por Perón —cuyo papel, paradójicamente, seguía desdibujado e indefinido— era la revolución nacional, dentro de la cual el MOC se asignaba un papel de vanguardia. Habían llegado a esta posición, según Puiggrós, porque habían descubierto "en los libros de Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao Tse-tung y otros grandes marxistas muchas verdades que antes nos pasaron inadvertidas"³⁸. Esta notable confesión subraya tres cosas: en primer lugar, que Mao había sido agregado a la lista de los cuatro grandes, junto a otros grandes que no eran nombrados (¿Togliatti? ¿Gramsci?); en segundo lugar, que había sido necesaria una relectura de los clásicos para reinterpretar al peronismo; y, en tercer lugar, que ella se había hecho libremente, tras la ruptura definitiva con el Partido, ya sin su guía.

El resultado había sido la introducción de la idea de la contradicción principal y las contradicciones secundarias, desarrollada por Mao. Tras la Segunda Guerra Mundial, la contradicción principal, señalaba Puiggrós, era la existente entre los pueblos que luchaban por su liberación, encabezados por la Unión Soviética, China y las democracias populares, y las fuerzas del imperialismo, encabezadas por Estados Unidos³⁹. Como consecuencia de ello, en la Argentina la contradicción principal era, teóricamente, la que oponía a proletariado y burguesía, pero en la práctica, decía, ella era más débil que la del país con el imperialismo.

PSRN, GALASSO, *op. cit.*, pp. 82-83. Otro grupo trotskista, pero crítico del peronismo, encabezado por Nahuel Moreno, controlaba la Federación Bonaerense del PSRN. Véase GONZÁLEZ, *op. cit.*, pp. 219-224.

³⁷ Según el testimonio de Carlos Strasser, que los trató asiduamente durante esos años. Entrevista del autor, Buenos Aires, 10 de agosto de 1999. Mignone menciona a Puiggrós y a Ramos como los "principales teóricos y expositores del marxismo nacional". Véase MIGNONE, *op. cit.*, p. 63.

³⁸ PUIGGRÓS, *op. cit.*, p. 3.

³⁹ *Ibidem*, p. 4.

Para Puiggrós, el codovillismo se equivocaba al promover la lucha entre la burguesía y el proletariado, porque así descompondría al movimiento nacional antiimperialista concreto. El creía que la contradicción entre el proletariado y la burguesía se resolvería en favor del primero en la medida en que se triunfase en "la gran lucha de todo el pueblo argentino por su liberación nacional". La contradicción entre la nación y el imperialismo había pasado a ocupar el primer plano desde los sucesos de octubre de 1945, que tuvieron "la extraordinaria virtud de establecer claramente la línea de demarcación entre el proceso histórico concreto de liberación nacional del pueblo argentino y los retardatarios que se cruzaron en el camino de tal proceso". "Nuestro MOC", decía, lejos ya de las menciones a "nuestro partido", "es hijo del 17 de octubre de 1945"⁴⁰.

El acercamiento al peronismo no implicaba confusión respecto de su posición teórica. El MOC rechazaba la crítica de que debido a esa alianza admitía la conciliación de clases. Desde su perspectiva, el equilibrio de clases del Estado justicialista era la antesala de la agudización de la lucha de clases. "En la situación particular de la Nueva Argentina", decían usando la designación que Perón daba a su régimen, el elemento fundamental era la lucha por la liberación nacional contra el imperialismo, que exigía una alianza entre las clases comprometidas en esa lucha. Para el MOC, ese equilibrio de clases era provisorio, "sin perspectiva histórica", correspondiente a un periodo de transición. Terminaría cuando la clase obrera tomase el poder, "ya que una reacción burguesa, o la toma del poder por la burguesía para eliminar toda influencia de la clase obrera, es cada día más improbable, y en las condiciones de desarrollo de nuestro país y del mundo, no podrá nunca consolidarse". Como la toma del poder por el proletariado y la instauración de una sociedad socialista no correspondían a "las condiciones materiales de nuestro país en su etapa actual de desarrollo", el MOC apoyaba entretanto a ese estado "sin perspectiva histórica", para contribuir a la resolución de la contradicción principal⁴¹.

El equilibrio del Estado justicialista se quebró en septiembre de 1955, pero no de acuerdo con las previsiones del MOC. "Ni un paso

⁴⁰ *Ibidem*.

⁴¹ *Ibidem*, p. 7.

atrás", decía la tapa de *Clase Obrera* en octubre⁴². "Nuestra causa, la causa que hemos defendido durante ocho años", señalaba con una convicción que ignoraba las dudas mencionadas en el informe de marzo, "ha sufrido una derrota". No era hora de lamentos, sino todo lo contrario: "hemos perdido lo que había de equivocado, de retrógrado, de corrompido y de falso en el seno del movimiento de liberación nacional". Más aún, era la hora de actuar, ya que se había ratificado que la clase obrera "no puede seguir avanzando sin la teoría científica que corresponde a sus intereses inmediatos y a sus objetivos finales". Era la confirmación de las limitaciones prácticas y teóricas del peronismo. Era también, para el MOC, la oportunidad de asumir el papel de vanguardia de la clase obrera.

En los meses que siguieron a la Revolución Libertadora, Puiggrós y sus camaradas se lanzaron, aparentemente, a una actividad frenética para dar a ese movimiento de liberación nacional una dirección acorde con la teoría científica de la revolución proletaria⁴³. La clase obrera, sin embargo, no respondió a las expectativas del MOC. Tres años más tarde, Puiggrós explicó ese fracaso por dos factores: por un lado, el peronismo no había dejado que se formara una fuerza proletaria independiente; por otro, quienes luchaban por formarla no habían sido capaces de "unir al movimiento de masas con la teoría revolucionaria"⁴⁴. Para Puiggrós, esa fuerza proletaria independiente debía desarrollarse entonces "dentro del movimiento de liberación nacional, para dirigirlo y orientarlo". El objetivo no era fundirse en él, sino trabajar por "la formación del partido o fuerza propia de la clase obrera como eje y dirección del frente nacional reconstruido en un nivel superior"⁴⁵. Tras la caída del peronismo, la idea del partido como vanguardia del proletariado, lejos de desaparecer, se había reforzado.

La propuesta de Puiggrós subraya la indefinición de dos problemas teóricos que eran al mismo tiempo prácticos: por un lado, cómo

⁴² *Clase Obrera*, n° 56, octubre de 1955, p. 1.

⁴³ Es lo que deja entrever JUAN M. VIGO, colaborador ocasional de *Clase Obrera*, en *Crónicas de la Resistencia. ¡La vida por Perón! Memorias de un combatiente de la Resistencia*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1973.

⁴⁴ PUIGGRÓS, *El proletariado en la revolución nacional*, Buenos Aires, Trafac, 1958, p. 119.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 124-125.

construir ese partido obrero dentro del peronismo; por otro, por omisión, ya que no era planteado abiertamente, qué papel jugaba Perón. La suerte política de Puiggrós y su grupo a fines de la década del cincuenta estuvo estrechamente vinculada con la falta de solución de estos dos problemas, magnificados por la nueva realidad: el peronismo se había reconstituido y Perón no había perdido el liderazgo del peronismo tal cual era.

CONCLUSIÓN

La interpretación del peronismo por el Movimiento Obrero Comunista, para designar a la disidencia de 1947 con el nombre que finalmente adoptó, pasó por varias etapas que, por un lado, mostraron la evolución de la concepción de la revolución y, por otro, la imposibilidad de romper los moldes canónicos del marxismo-leninismo. En una primera etapa, mientras los disidentes se consideraban dentro del partido que los había expulsado, el peronismo era "un movimiento de masas con una plataforma antiimperialista y de emancipación nacional". En una segunda etapa, mientras buscaban el desplazamiento de la dirección del Partido Comunista, el peronismo era caracterizado como parte del frente nacional antiimperialista, que debía completar la revolución agraria y antiimperialista, la misma que reclamaba el Partido Comunista. En una tercera etapa, considerándose los disidentes ya fuera del Partido, reconocieron el carácter revolucionario del peronismo, pero aún dentro del esquema de la revolución democrático-burguesa. En la cuarta etapa, finalmente, el peronismo se transformó en la "revolución nacional emancipadora". Era, quizás, un nuevo camino hacia el socialismo, como lo había sugerido Togliatti.

Los disidentes, sin embargo, no sacaron todas las conclusiones posibles de esa sugerencia. La revolución nacional había sustituido a la revolución democrático-burguesa, pero no había adquirido características completamente distintas de ésta ni una posición teórica diferente. La revolución nacional era, para el MOC, un camino distinto hacia la revolución sólo en la medida en que expresaba la contradicción imperio-nación, que era, temporariamente, la principal. La revolución nacional, sin embargo, no suprimía la contradicción burguesía-proletariado, cuya preeminencia teórica no discutían. Esta revolución, por lo tanto, podría transformarse en una revolución socialista sólo en

la medida en que el proletariado pudiese organizarse autónomamente, conducido por su vanguardia.

Esta interpretación no cosechó demasiados adeptos durante la década peronista. Por el contrario, el informe de Puiggrós de marzo de 1955 refiere los desprendimientos sufridos por el ya pequeño grupo inicial: algunos se desilusionaron de la política; otros volvieron, o al menos lo intentaron, al seno del Partido Comunista. Las razones del escaso arrastre de estas ideas puede deberse, por un lado, a la acción del codovillismo, que efectivamente había quedado en control del aparato del Partido, pero, más importante aún, había conservado para sí la legitimidad revolucionaria que daba por entonces el reconocimiento soviético; y por otro, a la del mismo peronismo en el poder, que podía tener interés en que el grupo disidente molestara al Partido, pero mucho menos en que organizara a su propia base trabajadora para un proyecto político a la larga distinto del de Perón. Las circunstancias no fueron favorables, por lo tanto, como lo señaló Puiggrós en 1958, para el desarrollo de un grupo que se veía a sí mismo como el germen de la vanguardia del proletariado que realizaría la revolución socialista.

El MOC fracasó en transformarse en la vanguardia del proletariado, pero su perspectiva teórica fructificó años más tarde, cuando la suerte política del grupo ya había quedado sellada. La tarea intelectual de Rodolfo Puiggrós en los diez años que siguieron a la caída de Perón, aun cuando pasó parte de ellos en México, fue clave para que, a mediados de los sesenta, en un nuevo contexto político e ideológico marcado por la influencia de la Revolución Cubana y la declinación del monopolio ideológico soviético, se revalorizara la interpretación del peronismo como revolución nacional⁴⁶. La contribución de Puiggrós debe destacarse —junto con la de otros intelectuales, como Juan José Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos, que aportaron sus ideas en el mismo sentido— porque revela tempranamente la senda teórica que permitiría la posterior confluencia de las dos tradiciones políticas, peronismo y marxismo, que había inadvertidamente enlazado durante una década. También porque revela la magnitud de los pro-

⁴⁶ Véase OSCAR TERÁN, *Nuestros años sesentas*, 2ª ed., Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993. Significativamente, en la primera edición de este libro (Buenos Aires, Puntosur, 1991), Terán, como lo señala en la segunda edición (p. 52 n.), había omitido mencionar la influencia de Puiggrós.

blemas teóricos con que tropezaron quienes recorrieron esa senda más tarde: el reconocimiento del movimiento de liberación nacional en el peronismo no bastaba para explicarlo como un fenómeno político autónomo. La reconstrucción del peronismo después de 1955 y la preservación del liderazgo de Perón fueron los enigmas que la izquierda, violenta o no, no pudo resolver. El peronismo se convirtió así, parafraseando a Cooke, en el hecho maldito de la política marxista en la Argentina.